



C Columna

¿Es posible la felicidad en tiempos difíciles?

Por **Angélica Bastías Paredes**,
Aadémica del Centro de Atención
Psicológica (CAPSI) UNAB



CxEn un sistema educativo tensionado por resultados y urgencias, la experiencia del Parque Escuela Kaikén en Aysén no es una anécdota inspiradora: es una incomodidad pedagógica. Mientras algunos estudiantes aprenden encendiendo fuego, cocinando y habitando la naturaleza, muchas escuelas siguen atrapadas en una rutina donde el aprendizaje se reduce a cubrir contenidos. La pregunta es inevitable: ¿no se puede innovar o no se quiere?

Chile dispone de un cu-

rrículum que permite flexibilidad y contextualización (MINEDUC, 2019). Sin embargo, la cultura escolar ha optado por una lógica de cumplimiento más que de creación. Se enseña para avanzar, no para transformar. Y en esa decisión –porque es una decisión– se juega gran parte de la crisis educativa actual.

Aquí conviene tensionar una idea instalada: responsabilizar exclusivamente al sistema es una forma elegante de evadir la responsabilidad profesional. La evidencia es cla-



ra: los sistemas que mejoran son aquellos donde los docentes asumen un rol activo en la gestión del currículo, diseñando experiencias pertinentes y desafiantes (OCDE, 2020). No basta con implementar; hay que interpretar, adaptar y crear.

Dewey (1938) lo planteó con claridad: se aprende haciendo. Montessori y Waldorf lo han sostenido por décadas. UNESCO (2021) lo reafirma hoy. Entonces, ¿por qué seguimos enseñando como si aprender fuera repetir? ¿Por qué la innovación sigue siendo

excepción y no norma?

La respuesta es incómoda: porque innovar exige una cultura profesional docente que aún estamos construyendo. Implica liderazgo pedagógico, trabajo colaborativo y una gestión curricular que deje de ser administrativa para convertirse en una práctica intelectual rigurosa. No es falta de herramientas; es falta de decisión.